

aquí está delimitado y encerrado por un racionalismo pensante. «Pienso, luego pinto», solía decir Poussin parodiando a Descartes.

Más tarde en sus retratos, Pedro Lira habría de evolucionar hacia un post-romanticismo individualista acusado, pero aquí, en este paisaje de tonos fuliginosos de grises y de «valores» rebajados, nos recuerda una concepción pictórica anterior.

Las demás obras firmadas por Pablo Bourchard, Gordon, A. Lira, Eguiluz, Guevara, Lafuente, J. Caballero y Ciro Silva, dan una idea limitada, pero justa de la evolución de la moderna pintura chilena.

El simplismo y la armonía colorista de Bourchard, tan sensitivo y delicado, parecen desembocar en el arte juvenil de Gregorio de la Fuente, quien bajo esa leve apariencia impresionista de sus telas hace aflorar el constructivismo medurado post-cézanniano.

* * *

Esto es lo que, *sotto voce*, os puede decir este bello, silencioso museo provinciano en ofrenda propicia a los interrogantes de vuestro espíritu. Visitadlo y veréis cosas más interesantes que las que os puede sugerir esta crónica.

Un pintor chileno en Nueva York

En la Galería Durlacher Bros ha celebrado una exposición de sus obras el pintor chileno Luis Herrera Guevara. El éxito obtenido por este artista no ha sorprendido a quienes estaban en el secreto de su poderosa personalidad. Porque Herrera Guevara es pintor de tal fuerza instintiva que sin dominio de los más elementales medios técnicos irrumpe en lo pictórico con plenitud genial. Su triunfo confirma lo que en sucesivas ocasiones hemos escrito de su pintura.

El arte de Herrera Guevara podría encontrar filiación en algunos maestros del instinto colorista, pero, en puridad, su pintura comienza con él. Es un «primitivo moderno» en el que la necesidad de franqueo se une a una pasión desmedida y sin freno por el arte. Pintor de instinto, su vocación le lanza al cultivo de la pintura sin que la carencia de unos recursos escolásticos, imprescindibles en tantos otros, sean obstáculo a su fervor.

Esta ausencia de soporte técnico resulta incomprensible para el público habitual de las exposiciones, pero plantea un problema interesante a quienes se entregan al estudio de las cosas de arte. Por lo pronto es útil contemplar unos cuadros que son la traducción más fiel de una idea, sin que ésta sea empañada por el matiz de la docencia, de las leyes preceptivas o de la gramática pictórica. Son obras de intención primaria que se pueden comparar con el superverismo de las pinturas infantiles o con el impresionismo patológico de un Van Gogh.

Herrera ha llevado a sus cuadros su intuición, su sensibilidad y, a veces, un equilibrio colorista que acusa sus dotes indudables de pintor. Resulta tan original en la imperfección técnica, que hasta ahora no habíamos visto nada comparable. Más alegre que Utrillo y menos decorativo que el aduanero Rousseau, sus estampas llegan a tener raros hallazgos de armonías cromáticas en unos tonos poco habituales.

Los asuntos que escoge para sus telas demuestran su amor por la miscelánea—«Playa», «Congreso eucarístico», «Concurso de Ski»—en donde las alusiones a lo cotidiano y actual se unen a la más desenfadada fantasía.

Time Magazine, en su crítica sobre la exposición del artista chileno, escribe: «Las opacas paredes de la galería ardían con cuadros de plazas naranja y carmesí de Valparaíso y Santiago. Luis Herrera Guevara, un pintor primitivo de Chile, de gran vuelo y arrastre, está realizando su primera exposición en los Estados Unidos, en Manhattan. Muestra botes a vela en un

puerto intrincado, edificios de fachadas inclinadas, un ómnibus que parece un caterpillar alargado, un autorretrato que refleja a un señor aciguatado y con peluca (hace alusión al famoso autorretrato en amarillo). Los críticos estaban encantados. No pudieron por menos que hacer comparación con la inocencia y encantos pictóricos del último y grandioso «primitivo» francés, Henri «Douanier» Rousseau...»

Dos libros de arte

El crítico argentino Jorge Romero Brest ha publicado recientemente dos libros sobre dos pintores.

El más reciente, salido de la ya excelentemente acreditada Editorial Poseidon, es una monografía sobre el pintor francés Jacques Louis David. El conocimiento que de esta época pictórica tiene el escritor rioplatense nos da del pintor revolucionario una imagen exacta. El crítico lo sitúa en su lugar y analiza las líneas de su plástica con un real conocimiento del problema que David se planteó.

No es, por ello, un mero estudio divulgador, sino un penetrante ensayo. Su utilidad para poner en claro un período de tanta convulsión política aparece, pues, evidentísima. David, en realidad, marca una etapa de transición; el punto de bifurcación en que la pintura de inspiración racionalista de un lado, y el sensualismo erótico de otro, pugna por desembocar hacia formas nuevas. Es exacto el juicio del escritor cuando dice que el autor de *La muerte de los Horacios* quiso afrontar la realidad circundante. Aunque bien es cierto que las frías concepciones filosóficas de Diderot y de Winckelmann mataron los nobles impulsos de llegar a la pintura por la pintura, que sólo acertó a expresarse en el patetismo dramático de *Marat* y en algunos retratos, sobre todo en el extraordinario trozo pictórico de *Madame Récamier*.

«Se levanta este gigante—escribe Jorge Romero Brest—